

miedo del contagio; gentes que huyen de las poblaciones infestadas buscando su salvación en otras partes aunque lleven consigo la miseria; en fin, el luto de los huérfanos y el temor de perecer de los que sobreviven á la espantosa catástrofe. Tal era la situación en que se encontraban muchas ciudades de la bella Italia cuando llegaba el peregrino de Montpellier á Acquapendente, en Toscana, con ánimo de seguir para Roma y allí besar los pies del Padre común de los fieles. ¿Qué hacer á vista de aquel espectáculo de desolación y ruina? Movido de un ardiente deseo de asistir á los apestados y dispuesto á sacrificar su vida en el ejercicio de la caridad, corre á ofrecer sus servicios al administrador del hospital. En vano se le rehusa, por un sentimiento de lástima que inspira su misma juventud y se cree consejo de prudencia. Insiste el santo joven alegando el deber de todos los cristianos de servirse mutuamente en sus necesidades. Vencido el administrador y sorprendido de modo de proceder tan poco común en esos casos, le entrega el cuidado de los enfermos. Roque se consagra á asistirlos y curarlos. Era de ver, y más aún de admirar, la diligencia con que se ocupaba en el humilde y penoso ministerio, cual si para él hubiera nacido, hallando, ciertamente, sus delicias en servir á Jesucristo en sus vivas imágenes, los pobres apestados. Y estos actos de caridad tan heroicos se repiten en Cesena y en Roma y en otras muchas ciudades de Lombardía, pasando el Santo muchos años, los más floridos de su vida, en el ejercicio de esta heroica caridad. Aquí tenéis, pues, bien cimentada su gloria.

10. Así merece el Santo el privilegio singular de ser constituido por Dios mismo de una manera formal é indubitable, Patrono y Tutelar de la familia contra el terrible flagelo de la peste. Así lo declara en el punto de su muerte aquella inscripción que la mano del hombre no pudo formar, y que decía: «Los que tocados de la peste invocaren á mi siervo Roque, serán libres por su intercesión, de esta cruel

enfermedad.» El Santo acababa de entregar el alma á su Criador, cuando apareció esta promesa del cielo que, creída por todos los pueblos católicos, ha sido la base de la confianza universal con que es invocado el glorioso San Roque como celestial abogado en esos casos de general consternación. Y la confianza de los fieles no ha sido vana, según claramente lo acredita una feliz experiencia de largos siglos. ¡Cuántas veces no ha sido testigo esta misma ciudad de la eficacia de la invocación del Santo! Proseguid, pues, carísimos hermanos, promoviendo con el mayor empeño, el culto y la devoción de este glorioso Confesor de Cristo á quien Dios se ha complacido en colmar de gloria como á pocos de sus preclaros siervos, y á quien hoy mismo tiene recomendada la salubridad pública de su pueblo, para que, mejor que cualquier otro agente de salud, cuyos servicios son tan dignos de nuestra estimación, aleje de nosotros los miasmas contagiosos, nos dé salud perfecta de alma y cuerpo, y nos alcance la gracia de volvernos de veras al Señor para merecer algún día la gloria de la eterna bienaventuranza. Así sea.

### De San Francisco de Paula, Fundador.

(Predicado en Bogotá, 1900.)

Qui se humiliat, exaltabitur.

Luc. 14, 2.

1. Entre los grandes siervos de Dios, elevados por la Iglesia al sublime honor de los altares, que han alcanzado y tienen hoy mismo lo que pudiéramos llamar popularidad en el pueblo cristiano, no cabe duda que debe contarse al insigne taumaturgo á quien hoy tributamos nuestros solemnes cultos, el bienaventurado San Francisco de Paula. Por todas partes se le aclama como uno de los más poderosos medianeros delante del trono del Altísimo;

por trece viernes consecutivos se le invoca, con la segura confianza de obtener la gracia que se le pide, por grande y extraordinaria que sea; sus imágenes, tan venerables como llenas de dulzura, se ven colocadas en gran número de templos de toda la América latina; y el santo ermitaño de Calabria es objeto del amor y la veneración de todas las naciones católicas, hoy, después de cinco siglos de existencia, como lo fué de Italia, España y Francia durante su larga peregrinación por la tierra. ¿Á qué debe atribuirse, carísimos hermanos en nuestro Señor Jesucristo, esta devoción tan grande y general entre los fieles á San Francisco de Paula? ¿Será acaso por haber fundado una de las sagradas milicias ú órdenes religiosas más antiguas y distinguidas en la Iglesia católica? Pero ahí están otros esclarecidos fundadores no tan conocidos ni tan generalmente venerados en la cristiandad, á pesar de los servicios prestados por sus hijos. ¿Será tal vez por la fama de los milagros con que llenó de admiración á sus contemporáneos y ahora continúa favoreciendo á sus devotos clientes? No hay duda que el don de los milagros otorgado por Dios á ciertos siervos suyos en grado extraordinario, les ha conciliado una suma veneración en vida y una gloria póstuma que otros grandes santos, á pesar de eximias virtudes y méritos, no llegaron á alcanzar. Y entre estos ilustres taumaturgos ú obradores de milagros hay que colocar al fundador de los Mínimos, al lado de los Gregorios, Antonios de Padua y Vicentes Ferrer. Permitidme, sin embargo, amadísimos oyentes, que vea yo en la extraordinaria devoción popular profesada al ermitaño de Paula, el cumplimiento de la divina promesa ó sentencia evangélica formulada en las palabras de mi texto: *Qui se humiliat, exaltabitur*—«El que se humilla será ensalzado.»<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Luc. 14, 2.

2. En efecto, si la vida de los santos no es otra cosa que un traslado ó copia más ó menos acabada y perfecta de la de Jesucristo, cabeza y modelo de todos los predestinados, la ley que en Él se ha visto cumplida de un modo tan brillante, como lo declara el Apóstol por aquellas palabras: «Humillóse nuestro Señor Jesucristo hecho obediente hasta la muerte; y por esto Dios lo ensalzó dándole un nombre que está sobre todo nombre»<sup>1</sup>; debe asimismo cumplirse en sus más ilustres miembros, en los santos, tanto más ensalzados cuanto más humildes. Esto no implica en manera alguna comparaciones entre los grados de virtud de los héroes de la santidad cristiana, que sólo Dios conoce y premia con largueza y equidad. Pero juzgando por lo que aparece al exterior y según el criterio de la misma Iglesia, la humildad de Francisco de Paula fué tan grande y excelente que por ella, como por ninguna otra, se caracteriza su fisonomía moral, según lo da á entender la colecta de la Misa del Santo que dice: «¡Oh Dios, que, siendo la alteza de los humildes, sublimaste al bienaventurado Francisco á la gloria de los santos, concédenos la gracia de conseguir los premios prometidos á los humildes.» He aquí, hermanos carísimos, confirmado claramente mi pensamiento é indicado todo el asunto de mi panegírico: la humildad de San Francisco de Paula, declarada en la primera parte; la gloria con que Dios lo ensalza, en la segunda. Imploramos las luces del Espíritu Santo por intercesión de María. *Ave María.*

#### I.

3. ¡Qué contraste tan chocante nos ofrecen el hijo del siglo y el hijo de Dios, el hombre del mundo y el verdadero cristiano! Todo debiera concurrir á hacernos profundamente humildes. Dentro y fuera de nosotros ¿qué

<sup>1</sup> Phil. 2, 8.

vemos sino mil argumentos de nuestra pequeñez, mil pruebas de nuestra miseria y nada? ¡Ah! la sierpe infernal de la soberbia debió de haber mordido muy hondo en la cabeza de nuestro linaje, pues tan adentro ha penetrado el virus del orgullo en nuestro ser. ¡Tan llenos estamos de nosotros mismos! ¡Tan satisfechos de nuestras acciones! ¡Tan neciamente pagados de nuestros ruines y vanos pensamientos! El hombre de la escuela del mundo se cree grande, fuerte y poderoso, presume de muy rico y muy sabio por más que todas las voces de la naturaleza y de la propia conciencia le gritan de continuo: *Nescis quia tu es miser, et miserabilis, et pauper, et cæcus, et nudus* — «No sabes que eres desdichado y miserable, pobre, ciego y desnudo», como le fué dicho por la voz del Hijo de Dios al obispo de Laodicea<sup>1</sup>. Pero al hombre vano nada le desengaña, nada es capaz de arrancarle la venda de los ojos, para que vea claramente sus miserias. Sus pequeños triunfos sobre la naturaleza, que él estima grandes, estupendos, le ciegan cada día más y le desvanecen hasta el punto de soñar, como el primer soberbio, con un dominio absoluto sobre la creación, con un señorío independiente hasta del mismo Criador, llegando á prorrumpir en esta blasfemia: *Quis noster dominus est?* — «¿Quién es nuestro señor?»<sup>2</sup> Aquí la locura del orgullo raya, como veis, en lo ridículo. Dejemos al insensato hijo de Adán y contemplemos ya al humilde hijo de Dios. Todo en el justo es humildad, porque la justicia está fundada en la verdad: verdad en el concepto de sí propio, verdad en el conocimiento de Dios. «¿Qué tienes que no lo hayas recibido?»<sup>3</sup> se dice continuamente el varón justo, al mirar los tesoros de gracias, infinitamente más preciosos que los bienes terrenales, que la mano de Dios ha depositado en su alma. Y cuanto más se empeña la bondad divina en

<sup>1</sup> Apoc. 3, 17.<sup>2</sup> Ps. 11, 5.<sup>3</sup> I Cor. 4, 7.

ensalzar al justo, colmándole de dones sin cuento, tanto más él se abate y deprime, descendiendo hasta el abismo de su propia nada, y cantando allá en las intimidades de su alma el himno de gloria de Dios: *Soli Deo honor et gloria!*<sup>1</sup>

4. Y si no, mirad á ese tipo de humildad, á San Francisco de Paula. ¡Cuán pequeño á los ojos del mundo y cuán grande á los de Dios! Es un vaso de elección, como San Pablo; pero no os detengáis en buscar esplendores mundanos en derredor de su cuna. Noble prosapia, ascendencia ilustre, bienes de fortuna . . . todo eso, grande desde cierto punto de vista, es relativamente poca cosa al lado de otros bienes de mayor cuantía. Hablo de los bienes de orden sobrenatural y principalmente de los que forman el rico patrimonio de nuestro Francisco. La virtud acendrada de sus padres, la circunstancia de ser fruto maravilloso de la oración elevada al Señor por la mediación del gran Patriarca de Asís, el seráfico Francisco, y sobre todo el haber recibido de Dios un carácter naturalmente dispuesto para la virtud, pudiendo decir como el Sabio: *Sortitus sum animam bonam*<sup>2</sup>: he aquí los tesoros con que viene al mundo, he aquí los preciosos gérmenes depositados por la mano del Criador en la tierra virgen de aquel niño destinado á grandes empresas de la gloria de Dios. ¡Qué frutos tan abundantes de virtudes no deben producir en día no lejano! En efecto, carísimos hermanos, lo que eran flores aromosas del hogar paterno se convierten pronto en frutos primerizos, pero sazonados por un estío prematuro, la gracia extraordinaria del Espíritu Santo, en el convento y en la soledad. ¡Qué dulzura, qué obediencia, qué candor el de aquel niño privilegiado! Es el encanto de sus virtuosos padres que cifran en él la esperanza de su porvenir. Mas aquel niño no es

<sup>1</sup> Act. 9, 15.<sup>2</sup> Sap. 8, 19.

del mundo. El Espíritu de Dios que interiormente le aconseja, le hace comprender muy pronto, llegado apenas al pleno desarrollo de la razón, que la atmósfera del siglo está inficionada de corrupción y de soberbia. Porque al cabo ¿qué viene á ser la triple concupiscencia de que se sustenta el espíritu del mundo, sino la soberbia más ó menos disfrazada? En medio de esa atmósfera, el humilde Francisco respira con dificultad, se asfixia. Las dotes singulares que le adornan, produciendo una nube de alabanzas en derredor de su persona, le exponen al peligro de pecaminosas complacencias. Alarmada su humildad huye á buscar el asilo del sagrado claustro al lado de los humildes hijos del Serafín de Asís. Aquí campea, sobre todas, su virtud favorita, la humildad. ¿Qué extraño, se dirá, si era todavía un niño? Precisamente eso es lo que más sorprende ¡tanta prudencia, tanta moderación en un niño! Es una joya que están orgullosos de poseer aquellos religiosísimos varones, tan hábiles para discernir las verdaderas piedras preciosas de las falsas. Francisco será pronto una piedra del santuario. Todos le aman, más aún, le veneran y le admiran. Todos tienen que aprender de aquel niño extraordinario á quien el Espíritu Santo ha servido de maestro. Pero Francisco no lo sospecha siquiera. Como abeja diligente se ocupa sin cesar en recoger la miel de las virtudes de cada una de aquellas fragantes flores del jardín de la orden seráfica para formar con su extracto el panal riquísimo de su propia santidad. No obstante, aquella primera escuela no era más que el ensayo de una vida más perfecta. El cielo no le quería discípulo sino maestro. Por eso le arrancó del claustro para llevarle, como á Jesucristo, al desierto. Sigámosle con la más atenta consideración.

5. La humildad de Francisco no se cree segura entre los honores religiosos que en el recinto mismo del claustro le atraen los dones con que el cielo lo favorece. Serále

preciso ir á ocultarse con sus rigores y su contemplación altísima allá donde no tenga más testigos que los mudos peñascos, las olas del mar y las estrellas del cielo. Un antro excavado en la escarpada roca le servirá de habitación. El mundo, que le perdió de vista, le había olvidado ya. Los buenos compañeros del convento, ignorantes de su paradero, no le darán más muestras de aprecio. La humildad de Francisco, alimentada con el olvido total de las criaturas y el desprecio del mundo, se siente satisfecha. Ahora vive sólo para Dios: *Soli Deo!* Nada de honor, nada de gloria para sí. Aquí permanecerá por espacio de seis años, y su vida será más angélica que humana. ¿Quién moderará su penitencia? ¿quién pondrá límites á su contemplación? Su alimento se reduce á un poco de pan y agua que toma una vez al día á la puesta del sol: por regalo extraordinario algunas raíces y legumbres; de la carne ha prometido abstenerse por toda la vida. Cubierto de áspero vestido de grosero paño, tiene por lecho el duro suelo: á todo esto añade maceraciones rigurosas cada día. ¿Qué pretende el Santo al adoptar un tenor de vida tan austero? Guiábale sin duda el afán de sujetar la rebeldía de la carne al dominio del espíritu, lo que obtuvo á maravilla, pues brilló toda su larga vida por una castidad sin mancha; pero quiso también oponer en su persona y en la de sus numerosos imitadores un dique á la general relajación de costumbres de que también aquel siglo adolecía. Y entonces, hermanos carísimos, la disciplina eclesiástica exigía de los fieles mucho mayor austeridad que en nuestros tiempos: los ayunos ordinarios eran mucho más frecuentes y rigurosos, las abstinencias más rígidas; y todavía pareciale á nuestro Santo que había degenerado la sociedad cristiana del primitivo espíritu de mortificación. ¿Qué diría de la molice general de las costumbres de nuestro siglo? Y ¿nos admiraremos de que prevalezca en todas las manifestaciones de la vida